

CAPITULO III.

De la Inglaterra y de la Escocia desde el advenimiento de Isabel hasta la muerte de Carlos I (1).

(1558-1849.)

Isabel fue para los protestantes lo mismo que Felipe II había sido para los católicos. Aniquiló en sus Estados, bajo el peso de una inquisición mucho más cruel que la de España, á todos los que rehusaron creer en su supremacía religiosa, y envió socorros á todos los reformistas de los diversos países. Pero al colocar así el error bajo su patrocinio, acumuló sobre el trono unas tempestades que habían de destrozar á sus sucesores. Los puritanos reemplazaron á los católicos. Por medio de la libre interpretación de las Escrituras, estos fogosos iluminados llegaron á persuadirse que el reinado de los príncipes era incompatible con el reinado del Redentor. Reclamaron pues en nombre del texto sagrado contra todas las distinciones jerárquicas establecidas por el nacimiento ó el talento, é intentaron pasar su fatal nivel sobre toda la sociedad. La Providencia permitió que la sangre de Carlos I fuese derramada sobre el cadalso como expiación de todos los crímenes que desde Enrique VIII habían manchado la corona de Inglaterra.

§ I. Desde el advenimiento de Isabel hasta la muerte de María Estuard (1558-1587) (1).

Restablecimiento de la Iglesia anglicana (1558-1559). Mientras que María vivió, Isabel había disimulado su inclinación por la reforma, y aun asistió á la misa durante los primeros días de su reinado, se hizo coronar según el rito de la Iglesia

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Además de las historias generales de Inglaterra y de Escocia, consúltense también: Cobbe, *Historia de la reforma*; Villemain, *Historia de Cromwell*; Guizot, *Historia de la revolución de Inglaterra*.

(2) SUCESION REAL EN INGLATERRA: Isabel (1558-1603). Dinastía de los Estuarts: Jaime I (1603-1625), Carlos I (1625-1643).

romana, y no descubrió sus sentimientos sino después de haber ganado á todos los miembros del parlamento; entonces restableció la religión de Enrique VIII, y se hizo dueña del poder espiritual. El clero murmuró, todos los obispos protestaron, pero Guillermo Cecil, á quien la reina elevó á la dignidad de secretario de Estado, tuvo bastante habilidad para sujetar al obispado, y ahogar casi todas las resistencias del clero inferior.

Influencia de Isabel en Escocia (1560). La Escocia estaba en aquel momento en completa revolución. La reforma había hecho horribles progresos durante la regencia de María de Lorena. Un fraile apóstata de Ginebra, llamado Juan Knox, introdujo su fanatismo en el centro de la nación, y los nobles se habían puesto á la cabeza de los rebeldes por pura ambición, con el deseo de llegar al poder. Asustada la regente se esforzó, pero sin resultado, en reprimir á los insurrectos. Se hicieron dueños de Edimburgo, y pidieron socorro á la Inglaterra. Isabel les animó en su rebelión, y aun les dió el consejo de deponer á su soberana. Pero no lo lograron, y la muerte de María de Lorena produjo la conclusión de un tratado de paz por el cual María Estuard fue nombrada reina de Escocia (1560).

Triunfo del protestantismo en Escocia (1561). Durante la ausencia de María Estuard la administración del reino fue confiada á un consejo de doce personas. Este consejo, decidido en favor de los novadores, se apresuró á prohibir el culto de la Iglesia romana, y á establecer penas muy severas contra todos los papistas. Juan Knox, encargado de la formación de la Iglesia nueva, abolió el episcopado, y consagró de este modo lo que se ha llamado el *presbiterianismo*. En seguida señaló todos los monumentos católicos como restos de idolatría, y á su voz se precipitaron sobre las abadías, las catedrales, las bibliotecas, y hasta fueron á turbar á los muertos en sus tumbas.

Regreso de María Estuard (1561). María Estuard, que lloraba en Francia la muerte de su real esposo, resolvió, por consejo del duque de Guisa, trasladarse en medio de su pueblo para

moderar su bárbaro y feroz rencor. Isabel hubiera querido hacerla prisionera durante su travesía, pero tuvo la dicha de atravesar los cruceros ingleses sin ser aperebida merced á una espesa niebla. La fortuna no pareció proporcionarle este éxito sino para abrumarla despues con las mas horribles desgracias.

Política de Isabel (1562-1564). Isabel disimuló el pesar que tenia por no haber conseguido su objeto, y adoptó por política el sostener á los protestantes en todos los Estados de la Europa y declararse enemiga de los católicos. Así es que, para satisfacer su odio contra los Guisas, enviaba dinero y tropas al príncipe de Condé y á los calvinistas (1562). Por enemistad á Felipe II socorria igualmente á los reformistas de los Países Bajos. En sus propios Estados multiplicaba los edictos sanguinarios, y decretaba pena de muerte contra los que rehusaban creer en su supremacía religiosa. Las ejecuciones llegaron á ser tan frecuentes, que los mismos protestantes se quejaron de ello, y fue necesario dar orden al verdugo para que descansase.

Casamiento de María Estuard (1565). En Escocia, Isabel excitabatambien, aunque secretamente, revoluciones incesantes por medio de la exaltacion religiosa. Entretenia con María una correspondencia muy afectuosa, y se ofrecia con la mayor amabilidad á buscarle un esposo digno de su rango. Despues de haberla engañado mucho tiempo, tuvo la baja de proponerle uno de sus indignos favoritos, el conde de Leicester. Al oír este nombre, el noble corazón de María se indignó de disgusto. Respondió á su buena hermana con una repulsa formal, y se decidió en favor de Darnley, que era de la sangre de Enrique VIII, y descendia de los reyes de Escocia por su padre el conde de Lennox.

Asesinato de Rizio (1566). Desgraciadamente este señor no era digno de la reina de Escocia. Caprichoso, extravagante y colérico, entregado al vino y á los excesos, no merecia ninguna consideracion, y sin embargo deseaba dividir con María la autoridad soberana. Las negativas que experimentó le excitaron á los mas sangrientos ultrajes. Como María na-

bia dado su confianza á un Piamontés diestro y astuto, llamado David Rizio, Darnley hizo caer sobre ella las sospechas mas odiosas, y se unió á Murray y á los protestantes para asesinar á este desgraciado favorito. El complot fue ejecutado en la habitacion y á la vista de la reina que estaba enbarazada, y poco faltó para que muriese de espanto.

Doblez de Isabel. En la época del casamiento de María Estuard, Isabel habia provocado una revolucion en Escocia. Pero no habiendo conseguido su objeto los rebeldes, negó su empresa, echó de Lóndres á Jaime Murray, su gefe, y le dió secretamente una pension para recompensarle de sus servicios. Despues del asesinato de Rizio, hubo todavía otras sublevaciones excitadas por el dinero de Isabel. María enarboló con energía el estandarte real sobre el palacio de Dunbar, y habiéndose hecho dueña de todos sus enemigos, Isabel le dirigió cartas de felicitacion, y mandó hubiese regocijos públicos para celebrar el nacimiento de Jaime I, á quien la reina de Escocia acababa de dar el ser.

Asesinato de Darnley (1567). Hasta entonces los Escoceses se felicitaban por la dulzura y bondad de María. Su vida pura santa le habia ganado el afecto de todos los corazones. Pero cuanto mas dichosa era como reina, tanto mayor disgusto experimentaba como esposa. Aunque habia perdonado de todas veras á Darnley el asesinato de Rizio, no le habia sido posible devolver su afecto á un hombre que se degradaba cada dia con nuevas infamias. Viles cortesanos le propusieron el divorcio, como un medio de libertad, pero su fe prefirió esperar de la voluntad de Dios el fin de sus males. Entonces los autores de esta proposicion, temiendo con razon el resentimiento de Darnley, decidieron anticíparsele conspirando su pérdida.

Las circunstancias les favorecieron. Habiendo enfermado el rey en su palacio de Glasgow, María olvidó todas las injurias que habia recibido de él y se trasladó á su inmediacion. Le llevó á Edimburgo á un palacio situado fuera de la ciudad, y pasó muchas veces los dias y las noches cuidándole; pero le dejó la noche del 9 de febrero de 1567 para asistir al ma-

trimonio de una de sus damas. Los conjurados se aprovecharon de esta ocasion para hacer saltar la habitacion de Darnley por la explosion de una mina. Al dia siguiente se encontró su cadáver y el de su paje en el jardin, y otras muchas personas fueron sepultadas bajo los escombros.

Casamiento de Maria Estuard (1567). Los gefes del partido protestante habian sido los autores de esta infame conspiracion, y la inocencia de Maria no puede ser puesta en duda. Pero, débil y trémula, se dejó engañar por el crédito de los hombres poderosos que habian fraguado esta conspiracion, no apresuró bastante la condena de los culpables, y aun los dejó absolver por su cómplice el justicia mayor Conde de Argile. El pérfido Bothwel, á quien la opinion pública acusaba especialmente, fué mucho mas lejos. Puso de su parte á veinte y cuatro pares del parlamento, arrebató á la reina al regresar de Estirling adonde habia ido con el objeto de ver á su hijo, la intimidó enseñándole las firmas de todos los grandes prontos á sostenerle, y la obligó de este modo á casarse con él. Este hombre indigno era protestante y casado ya. Hizo pronunciar su divorcio por ambas comuniones, y vino á Edimburgo para celebrar solemnemente sus bodas con la reina.

Revolucion contra Maria. Se deberia vituperar vivamente esta debilidad en Maria Estuard, si no la hubiese expiado con tantas desgracias. Bothwel no era tan poderoso como se habia vanagloriado de serlo. Los nobles vieron con celos su elevacion; y cuando se supo que trataba de apoderarse del heredero presuntivo del trono, la revolucion fue general. Maria y Bothwel se pusieron á la cabeza del ejército real, pero los soldados se negaron á combatir. Bothwel huyó á las Orcadas, y fue á morir en las cárceles de Noruega, despues de haber ejercido el oficio de pirata. Maria fue llevada á Edimburgo en medio de injurias y de ultrajes. La acusaban de la muerte de Darnley, y llevaban delante de ella un estandarte en que estaba representado el cadáver de su real esposo. Despues de haberla presentado de esta manera al populacho, los rebeldes la encerraron en el castillo de Lochleven bajo la

vigilancia de la madre de Murray, su implacable enemigo.

Fuga de Maria á Inglaterra (1568). Isabel nada habia hecho para socorrer á Maria contra sus enemigos. Cuando supo que los insurrectos la tenian cautiva, protestó públicamente contra este atentado, y envió su embajador para obtener justicia. Pero su celo no era sincero. Dejó á los enemigos de la reina de Escocia en plena libertad; y cuando esta princesa, libertada de su prision, le vino á pedir un asilo hospitalario, no encontró en ella sino un enemigo terrible. Ni aun quiso recibirla en su presencia, pretextando con amarga irrision que una reina acusada de asesinato y de adulterio no podia comparecer delante de una *reina virgen*. Maria comprendió entonces que principiaba su cautividad.

Su cautiverio (1568-1587). Sin embargo los ministros ingleses deseosos de aparentar justicia é imparcialidad, oyeron las acusaciones de los enemigos de Maria, y segun sus alegaciones calumniosas se atrevieron á solicitar su abdicacion. Pero ella les respondió con energia: *antes morir que dejar caer voluntariamente de mis manos el cetro que heredé de mis antepasados; solo me abandonará con la vida, y mis últimas palabras serán dignas de una reina de Escocia*. No pudiendo quitarle el honor, sus jueces le quitaron la libertad. El papa Pio V hizo consolar en su prision á esta augusta cautiva. El duque de Norfolk, los condes de Northumberland y de Westmoreland trataron de salvarla, pero el duque de Norfolk fue encerrado en la Torre, y los demas huyeron á Escocia despues de haber perdido todos sus bienes (1569-1570).

Estado de la Escocia durante su cautiverio (1568-1587). Cuando llegaron allí, el regente Murray, que se habia apoderado del gobierno despues del destierro de Maria, acababa de perecer á manos de Jaime Hamilton que le habia asesinado para vengarse de una injuria particular que de él habia recibido (1570). La regencia fue, en aquellos tiempos de anarquía, una presa ofrecida á todas las ambiciones. El duque de Lennox y el conde de Mark se apoderaron de ella sucesivamente, y sucumbieron bajo el peso de este peligroso cargo (1570-1572). Cada año era señalado por una revolucion. Despues de ellos

se vió aparecer á los duques de Morton, á los condes de Arran y de Lennox, sin que la Escocia pudiese recobrar su tranquilidad bajo ninguno de estos administradores.

Conducta de Isabel durante este mismo tiempo (1568-1587). Todos estos disturbios que arruinaban la Escocia, regocijaban á la artificiosa Isabel que los atizaba sin cesar. Alimentaba tambien la guerra civil en Francia y en los Países Bajos, entretenia, con motivo de su casamiento, las esperanzas de todos los príncipes de que tenia necesidad, y se complacia por vanidad en humillarlos con decepciones injuriosas. En lo interior de sus Estados aseguraba su intolerable despotismo á costa de toda clase de injusticias y de crímenes. No contenta con perseguir á los católicos á la manera de Enrique VIII, estableció un *Tribunal superior de comision* para buscar y castigar á los herejes. Jamás la inquisicion fue tan terrible como esta bárbara institucion. Todos sus miembros tenian derecho sobre todo el reino, y podian habérselas con las personas de todo rango y condicion. Sus decretos eran puramente arbitrarios, y cuando sospechaban de alguno, le arrojaban lo que se llamaba un juramento *ex officio*, y le obligaban á acusar á su padre, á su madre, á su hermano ó á sus hijos. Se imponian las mas severas penas á los que se separaban de la religion de la reina. Oír la misa, creer en la supremacía del Papa y negar la de Isabel, eran delitos que conducian al cadalso. Como se proponian destruir principalmente los sacerdotes católicos, decretaron la pena de muerte contra ellos, y contra los que los recibian ó se confesaban.

Muerte de María Estuard (1587). El proceso de María Estuard se instruyó en medio de aquellos excesos. Supúsose que habia tomado parte en una conspiracion que un jóven señor llamado Babington formó contra la vida de Isabel; y aunque fuese imposible probar la verdad de esta acusacion, se la condenó á muerte, despreciando las reglas mas sencillas del enjuiciamiento. Isabel fingió por de pronto negarse á esta horrorosa ejecucion. Llamaba sin cesar á María *su querida prima, su buena hermana, su amable parienta*: preguntaba son el acento de la ternura, *cómo podria hacer morir al pá-*

irro que se habia refugiado en su seno. Durante este tiempo compraba los votos de los puritanos que tenian asiento en el parlamento, y se hacia rogar por estos fanáticos para que condenase á muerte á su cautiva. Enardecia la imaginacion del pueblo, revelándole todos los dias pretendidas conspiraciones. Cuando la nacion engañada pidió la sangre de María, Isabel firmó, sintiendo verse compelida por el voto del pueblo á semejante sacrificio.

El 7 de febrero, dos comisarios se presentaron á anunciar á la angusta reina que su ejecucion tendria lugar al dia siguiente. Al oír esta noticia pidió á sus verdugos los socorros de la religion, y se los negaron. Entonces se resignó con calma y piedad, y pasó la noche en oracion. Despues de algunas horas de un sueño tranquilo, escribió varias cartas, distribuyó todo lo que poseia á sus servidores, y se retiró en seguida á su oratorio, en donde comulgó con una hostia que le habia enviado san Pio V para servirse de ella en caso de necesidad. A las ocho siguió á los comisarios con un crucifijo en la mano. La vista del cadalso y de los espectadores no alteró su grande alma. Se sentó sobre el taburete de terciopelo que le habian preparado, protestó de su inocencia, rechazó la sentencia de sus jueces, y recordó su grandeza del modo siguiente: *Soy prima de vuestra reina, soy de la sangre real de Enrique VIII; he sido reina de Francia por matrimonio, he sido consagrada reina de Escocia.* Entonces fue interrumpida por un grosero predicante á quien habian encargado la exhortase, y que no supo sino insultar cobardemente su fe. Iba á responderle, cuando el conde de Shrewsbury le dijo que debia contentarse con orar. A esta palabra la piadosa reina se puso de rodillas por la última vez, y pronunció estas memorables palabras: *Dios mio, dijo levantando el crucifijo que tenia en sus manos, como tus brazos se abrieron para extenderse sobre esta cruz, ábrelos hoy para recibirme en tu misericordia.* Marchando hácia el tajo fatal, repitió muchas veces con fuerza: *Dios mio, en tus manos entrego mi alma.* Al primer golpe permaneció inmóvil, pero su cabeza no cayó sino al tercero. El verdugo la enseñó al pueblo, y

se vió que una larga serie de calamidades y una prision de diez y ocho años habian vuelto calva á este pobre reina de cuarenta y cinco.

§ II. Desde la muerte de Maria Estuard hasta la de Isabel
(1587-1603.)

Vileza del rey de Escocia. Isabel, segun su política acostumbrada, despues de la muerte de María Estuard afectó un gran dolor. Lloró, se vistió de luto, acusó á sus ministros de lo que habia pasado, los suspendió de sus empleos, y á uno de ellos, al vil Davison, le puso preso. Al saber el rey de Escocia la muerte de su madre, se indignó tambien muchísimo. La nobleza y toda la nacion tomaron parte en su pena y en su resentimiento. El dia en que la corte se vistió de luto, lord Sainclair se presentó al rey enteramente armado diciéndole: *Hé aquí el luto de la reina.* Pero Jaime era demasiado tímido para despreciar á la Inglaterra. Aun obró con tantos miramientos para con los verdugos de su madre, que muchos creyeron que su dolor era fingido.

Éxitos de Isabel en los mares (1587-1590). Solo Felipe II trató de vengar á la reina de Escocia. Pero esta venganza no fue el único motivo de su empresa. El famoso navegante inglés Drake habia atacado á varios navíos españoles en el puerto de Cádiz, y Felipe II estaba irritado hacia mucho tiempo contra Isabel, que no cesaba de enviar socorros á sus súbditos rebeldes. La invencible *Armada* hizo temblar á toda la Inglaterra. Temiendo los ministros de la reina que los católicos perseguidos se aprovecharan de la turbacion general para excitar una revolucion en lo interior del pais, le aconsejaron envolverlos á todos en un degüello que fue mas horroroso aun que la fiesta de san Bartolomé. Pero se negó á ello, y no tuvo lugar de arrepentirse; porque los católicos, lejos de pensar en una sedicion, se mostraron los mas animosos para defender la patria amenazada. Isabel desplegó por su parte un valor heróico. Quiso subir al navío del almirante

y marchar en persona contra el enemigo. Cuando la tempestad la libró del peligro se mostró en todas partes distribuyendo recompensas á los mas valientes, y dando gracias á cada soldado por su decision é intrepidez.

Segun los votos de la nacion, tomó la ofensiva contra Felipe. Sus escuadras alarmaron á Lisboa (1509), mientras que las tropas de tierra sostenian á los protestantes en los Países Bajos y detenian los progresos de los Españoles en Francia. Envió tambien una escuadra de diez y siete navíos de guerra y ciento cincuenta buques de línea, bajo la direccion de lord Effingham y del conde de Essex, contra la España. Cádiz fue tomado, y lo mismo hubiera sucedido con la Andalucía, si el conde de Essex no hubiese sido embarazado en su marcha por el consejo de guerra que Isabel le habia impuesto para calmar su impetuosidad (1597).

Negocios de Irlanda (1598-1601). Felipe II se vengó de estos contratiempos incitando á los católicos de Irlanda para que se revelasen. Su posición era por cierto intolerable. Se habia intentado someterlos por medio del acero á las nuevas doctrinas, y todo el pais estaba cubierto de Ingleses que tenian órdenes de destruccion, asesinato y pillaje. No pudiendo el conde de Tyrone soportar mas tiempo la esclavitud vergonzosa de sus conciudadanos, se puso á la cabeza de los rebeldes, y echó de la isla al gobernador inglés. Isabel envió contra él al conde de Essex, excitado de nuevo con motivo de sus últimas victorias. Pero Essex hizo traicion á sus deberes, transigió vilmente con Tyrone, contra las instrucciones de su soberana, y se volvió á Lóndres. Isabel le recibió con indiferencia, y le condenó por su desobediencia á estar arrestado. De despecho se unió al partido de la revolucion, fue preso y condenado á muerte. La reina refrendó la sentencia sin consideracion á sus servicios pasados (1601).

Muerte de Isabel (1603). Este último acto de rigor le hizo perder toda su popularidad. Cuando se presentaba en público, no era acogida con el mismo entusiasmo, lo cual produjo en ella una tristeza tan violenta que con nada pudo disiparse. En vano supo los triunfos de Monjoy, que habia reemplazado á